

## DÍAS DE OTOÑO

¿Sabes?, recordar es el verbo que con más frecuencia conjugo.

Ahora, en estos tiempos en que la juventud es un recuerdo dorado, solamente una brisa o la evocación de un suspiro de tus labios que acarició una vez mi piel, ahora mi pensamiento se recrea en lo que fue. No en lo que pudo haber sido, que siempre es el gran error de la memoria, lo que nos hace tanto daño, sino en todo lo bello que ocurrió, que fue, el gran acierto.

En mayo, como siempre, porque es su obligación, las flores acudían presurosas a nuestro jardín. Prímulas, siempre vivas, violetas o gardenias, jamás quise aprender sus nombres, me bastaba con saber que un año más habían aparecido; tú las cultivabas y ellas florecían sólo para ti, para nadie más. Pero hoy ya no es el tiempo de acariciar sus pétalos, ni de oler su perfume que tanto te gustaba, hoy son los días en que me distraigo viendo como una hoja dorada cae del olmo que está junto a la ventana de la sala de estar.

Sentado en el sillón (¿adónde iba a ir?) las veo caer trazando arabescos en el aire del jardín, una a una en solitarios dibujos de

otoño o muchas a la vez, como en un ballet vegetal y aéreo, cuando arrecia el viento del noroeste acercándonos el invierno. Porque se aproxima ya el invierno, y su frío me estremece a pesar de tener la estufa encendida y el fuego danzarán en la chimenea. Dice el médico que no me preocupe, que lo mío es muy lento, insidioso y progresivo. Me habla con las palabras que sin duda ha copiado de un libro, no pertenecen a su vocabulario habitual, fui profesor durante mucho tiempo para no darme cuenta de algunas cosas. También dice que la investigación y los avances médicos avanzan rápido y tal vez muy pronto se encuentre el remedio definitivo para mi temblor, para mi enfermedad. Pero él no tiene ni siquiera cuarenta años, es un hombre joven y la vida se ralentiza en la juventud; no tanto como cuando somos niños, pero aún así lo suficiente para que nos creamos la piadosa mentira de que vamos a vivir mucho tiempo.

En la madurez, por el contrario, la existencia se acelera, como una caída por la ladera empinada de una montaña. De la misma montaña que habíamos disfrutado escalando de jóvenes.

Es curioso. Sentado en el sillón junto a la ventana, tapadas las piernas con la mantita a cuadros que a ti también te gustaba utilizar, veo pasar las horas y me parecen lentas, muy lentas, como si cada segundo fuera remolón en acudir tras el anterior. El

reloj del comedor siempre tarda demasiado en dar las horas, parece que se retrasara a propósito. En cambio los días corren raudos y veloces hacia ninguna parte desde que Lucía (ya nunca más Lucía-hija desde que tú te fuiste, para siempre Lucía) vive en otra ciudad.

Mi mano izquierda cuenta con los dedos las monedas que me quedan, una y otra vez, sin fatigarse, las horas desgranadas del racimo de mis últimos días, desde que tú no estás, Lucía-madre, desde que aquel cáncer rastrero te alejó de mí cuando más te necesitaba.

En su momento me dijo el médico que no habías sufrido, que las pastillas y aquellos parches que se pegaban en tu piel -en tu piel que yo tantas veces había besado- habían sido un remedio suficiente contra el dolor. Pero qué sabe nadie del dolor de los demás, sólo el que lo padece. Qué sabe nadie de la soledad, únicamente conocemos la nuestra y todas las demás son distintas y ajenas.

Cuando comenzó el temblor yo no me di cuenta; estaba pendiente de ti, de tus síntomas, de tu delgadez, de cómo la tristeza y el sufrimiento habían dejado sus sucias huellas en tu cara. Nuestra hija fue la primera que reparó en ello, en que mi mano izquierda se movía sola, como rascando con estúpida

insistencia el aire. Pero el temblor desaparecía mientras yo te acariciaba o te arropaba por las noches, y pensábamos que era fruto del nerviosismo o a causa de eso tan indefinido que es *la edad*.

Serán cosas de la edad, decimos casi siempre pero es igual que el avestruz que mete la cabeza en un agujero para ignorar el peligro que acecha. La edad no es más que los años, la fecha de caducidad que se aproxima, pero los sesenta y ocho no eran para mí la vejez, ni mucho menos; caminaba a buen paso hasta la playa y no me asustaba subir a las montañas cercanas.

¿Recuerdas las excursiones cuando Lucía-hija tenía cinco años?

Ni siquiera entonces toleraba los diminutivos, ella tenía que ser Lucía, igual que tú, pese a todas las confusiones que conlleva el compartir la casa y el nombre.

Luego, más tarde, cuando te alejaste de nosotros hacia un paisaje que espero cálido y dulce, como lo era éste cuando tú lo habitabas, luego el médico ya empezó a preocuparse de mi temblor. Me diagnosticó la enfermedad, que en absoluto me sonó a desconocido, ni mucho menos, y me dijo lo lenta que era en su evolución.

El temblor desaparece mientras duermo, Lucía-hija fue la primera en darse cuenta. El médico dice que es debido a la

enfermedad, que tiene que ser así, y yo no le llevo la contraria. Sabes de sobra que a mí nunca me han gustado las discusiones que no llevan a ninguna parte.

Pero en realidad, si dejo de temblar en sueños, es porque tú acudes a mí, y tus manos increíblemente suaves y acariciadoras me consuelan y sostienen mi mano, y la calman, como si mi mano fuera un animalillo nervioso y angustiado que de otra manera no podría dejar de temblar.

Por eso dejo de temblar, porque tu alma me acompaña mientras sueño contigo.

Al principio pensaron que estaba deprimido y me dieron dos clases de pastillas, decían que en un par de meses me iba a encontrar mejor. Pero ha transcurrido mucho más tiempo y todavía sigo triste, aunque mi cara no lo deje traslucir, y esto sí es por la enfermedad, aunque mi voz no tiemble en absoluto cuando hablo de ti, al recordar todos los años de felicidad que nos fueron regalados.

Para ser honestos, tengo que decirte que en algunas ocasiones me parece recuperar la alegría que me fue arrebatada. Me sucede cuando veo al niño jugando en el jardín, enredado entre las flores y pisando con sus pies descalzos el césped que ya no tengo interés en cuidar. No llegaste a conocer a nuestro nieto, nació seis

meses después de tu muerte, es un niño precioso con tus mismos ojos verdes y el pelo negro, tiene ya cinco años.

Figúrate, puedo al fin decir la palabra muerte sin derramar ninguna lágrima, sin que la congoja o la angustia atenacen mi corazón, antes no lo conseguía. Antes, cuando tú todavía seguías con nosotros, no podía ni imaginar el dolor de tu ausencia.

Todo se supera, todo se deja atrás, finalmente la memoria es piadosa y nos ayuda a hacerlo. Todos los días son iguales, grises y un poco dorados, como las hojas de un árbol caduco que el otoño está secando antes de que el viento las lleve a viajar por el cielo. Todos los días son muy parecidos entre sí y muy semejantes al olvido.

Pero hace un par de semanas me sorprendió una risa mientras jugaba a perseguir a Nicolás a través del pequeño jardín, que sin embargo a él y a mí nos parece tan grande. Me vi desde fuera, con mi marcha desigual, inclinado siempre un poquito hacia delante y con pasitos cada vez más acelerados para no caerme, igual que un niño que todavía está aprendiendo a caminar, lo mismo que Nicolás hace tres o cuatro años.

Al final nos caímos los dos sobre la hierba, abrazándonos y riéndonos, ése fue el motivo de mi sorpresa, yo pensaba que no iba a volver a reír. Fueron unas carcajadas alegres y cristalinas,

con el ruido de un arroyo que baja apresurado desde lo alto de la montaña. Nicolás rió mucho más fuerte, carcajadas de niño y también se sorprendió cuando le abracé con fuerza y lo alcé en brazos.

Lo alcé hacia el sol y el cielo azul de una tarde preciosa de otoño. Levanté a nuestro nieto como homenaje hacia ti, hacia la vida que habíamos compartido, y mis fuerzas me respondieron y el temblor me abandonó por unos instantes

Entonces reí con genuina alegría y me di cuenta de todo, o lo que es lo mismo, de lo más importante. De que tenemos que aprovechar al máximo el tiempo que nos ha sido otorgado. Los años de vida son un don, no son otra cosa, y la caducidad que tanto nos asusta hace que sea la existencia más preciada. Las flores duran sólo lo que dura la primavera y eso hace que sean todavía más bellas, su brevedad.

Mi temblor, mi enfermedad, se curará o no; quizás desaparezca por la cirugía, como dice mi médico, o tal vez por algún nuevo medicamento; o acaso nunca se aparte de mí. Al final yo también moriré, y la idea no me acongoja en absoluto, porque es una ley natural y porque sé que la muerte sólo es un viaje y también sé que tú me estarás esperando a mi llegada. Y saberlo, con una certeza irrenunciable que no tiene que ver con la religión ni con

el pensamiento, atenúa mi tristeza y acrecienta esta alegría nueva que germina en mi corazón.

Mientras tanto todavía tengo fuerzas para levantar en alto a mi nieto, como una ofrenda al otoño de la vida, que es tan bello como la primavera. Todavía mi voz es recia y aunque mis pasos sean más breves e irregulares, seguiré caminando hacia delante.

También son hermosos los días serenos del otoño. También es bello el final de la vida. Es la llegada a la meta, al fin y al cabo, nada más ni nada menos...

**Ignacio Berciano Pérez (Médico)      DNI: 22703329 Y**  
**C/ Euskalduna 7 – 6º int. C**  
**48008 – BILBAO**  
**Tfnos    944101087**  
**617696159**